

# EL LAICADO CRISTIANO EN NEWMAN ANGLICANO

JOSÉ MORALES

El eje doctrinal del Movimiento de Oxford, o Movimiento Tractariano (desarrollado principalmente por J. H. Newman, J. Keble, y E. Pusey entre 1833 y 1845) es una concepción de la Iglesia como realidad misteriosa, visible, e independiente del poder civil.

Las convicciones de los Tractarianos contrastan por tanto con las sostenidas por otros sectores del Anglicanismo, y desde luego con las que mantenían diversos grupos de filiación e ideas estrictamente protestantes, como Presbiterianos, Congregacionistas, Metodistas, Cuáqueros, etc.

Se trata en estas páginas de explorar la visión del laicado cristiano, su naturaleza y actividad en la Iglesia y en el mundo, tal como eran concebidos, propuestos y desarrollados en la práctica por los hombres del Movimiento de Oxford.

1. La visión de la Iglesia propugnada claramente por Newman a partir de 1828 y por los Tractarianos en general pocos años más tarde respondía a concepciones jerárquicas, de modo que ni la doctrina ni la práctica del movimiento de Oxford y sus representantes se detenían excesivamente en el elemento laical, o contaban con él para sus iniciativas renovadoras. La teología del movimiento insistía además en la dispensación de lo sacro como un cometido estrictamente ministerial, hasta el punto de ser éste uno de sus puntos definitivos en contraste con los grupos religiosos no-conformistas.

Estos grupos, marginales en mayor o menor grado a la Iglesia anglicana, habían sufrido una creciente y devastadora invasión—doctrinal, ritual y organizativa— de principios extraños al Evange-

lio. Eran para Newman un ejemplo claro de lo que la Iglesia anglicana nunca debía imitar ni permitir. Puede afirmarse, en efecto, que el aspecto laical del Movimiento de Oxford, promovido por clérigos de la *High Church* y dirigido inicialmente al estamento clerical, era de algún modo secundario.

En las reuniones preparatorias del Movimiento de Oxford, celebradas en julio de 1833, se rechazó la sugerencia de Hugh Rose para la convocación de un *Sínodo laical* como apoyo y eventual cauce del naciente partido religioso. Los Tractarianos consideraban en principio que las cuestiones relativas a los *derechos y funciones* de los laicos en la Iglesia eran especialmente propias de grupos religiosos y sectas que, como los Metodistas o los Independientes, rechazaban el ministerio ordenado y defendían una concepción no institucional y no jerárquica de la Iglesia. «Los independientes representan los derechos del laicado»<sup>1</sup>.

Este hecho explica, por contraste, no solamente la secundariedad de lo laical entre los Tractarianos, sino también el recelo— a veces el desprecio— con que eran recibidas y juzgadas por ellos las sociedades y asociaciones promovidas por laicos con fines de renovación espiritual y mejora ciudadana. En 1838, Pusey escribió sobre el estilo religioso del momento y se refería irónicamente a «asociaciones que toman iniciativas respecto a cualquier cometido posible bajo el sol... y cuyo fin último es conseguir legislación del Parlamento»; «las asociaciones son nuestro Episcopado, y los periódicos, nuestras reglas de Fe»<sup>2</sup>.

Consecuentes con sus planteamientos e instintos religiosos en este campo, y más atentos a promover la renovación interior de la Iglesia anglicana, los Tractarianos nunca demostraron excesivo interés por las iniciativas laicales destinadas a aplicar los principios cristianos en la gestión de los asuntos públicos.

La ley de reciprocidad, que con frecuencia rige en esta clase de actitudes, explica que el Movimiento de Oxford y sus líderes fue-

1. *Loss and Gain*, 74: *Perder o Ganar* (traducción española de Víctor GARCÍA RUIZ), Madrid 1994, p. 96.

2. Cfr. F. C. MATHER, *The British Layman in Modern Times, 1780-1962*. In *The Layman in Christian History*, London 1983, 217.

ran ridiculizados y censurados con alguna frecuencia por círculos laicales de la Iglesia establecida. Newman menciona retrospectivamente esta circunstancia en su primera conferencia sobre «*Difficulties of Anglicans*» en 1850, al enjuiciar las características del Movimiento religioso de 1833 y las circunstancias ambientales en que se desarrolló. Dice así: «Seguro, y con razón, de la verdad de sus grandes principios, con una viva percepción y certeza de sus postulados, infravalorado por los laicos, despreciado por los hombres de mundo, odiado y ennegrecido por sus adversarios»<sup>3</sup>.

El examen de los escritos de Newman posteriores a 1830, especialmente los *Plain Sermons*, descubre, sin embargo, elementos abundantes para una doctrina sobre el laicado cristiano, su carácter y sus cometidos en la Iglesia y en el mundo. Es un hecho que no debe extrañar si tenemos en cuenta su sensibilidad eclesiológica y la amplitud de su visión religiosa. El caso es que las observaciones y enseñanzas del período católico acerca del laicado no son del todo nuevas. Poseían anticipaciones de importancia apuntadas —a veces con cierto detalle— durante la década de los 30.

2. La reforma protestante intentó desde sus presupuestos doctrinales inculcar en los laicos un sentido nuevo de responsabilidad personal ante Dios, que venía implícito en la negación de la Iglesia visible como mediadora en nombre de Cristo. Les permitió asimismo una amplia participación en el culto mediante la introducción de las lenguas vernáculas y el canto. Les puso en fin la Biblia en las manos y con ella el acceso directo a la Palabra de Dios exigido por los principios subjetivistas del *libre examen*.

Pero las diversas denominaciones surgidas de la revolución religiosa del siglo XVI atribuyeron a los laicos grados variables de tareas y autoridad dentro de ellas. La Iglesia de Inglaterra, que inicia sus pasos cismáticos en 1534 bajo Enrique VIII y se consolida con Isabel I en el *settlement* religioso de 1559, adoptó en este punto una posición relativamente conservadora al admitir una consagración u ordenación de ministros con un cierto carácter sacramental.

---

3. Vol. I, p. 16.

A pesar de la estudiada ambigüedad «pacificadora» del XXIII *Article of Religion*<sup>4</sup> ‘Of Ministering the Congregation’, que establece como «ilícito que cualquier cristiano se arrogue el ministerio de la predicación pública o de los Sacramentos en su comunidad, antes de haber sido legítimamente llamado a desempeñarlo...», el XXXVI Article ‘Of Consecration of Bishops and Ministers’ prescribe que, «el Ritual para la consagración de Arzobispos y Obispos, y para la ordenación de Presbíteros y diáconos, establecido en tiempos de Eduardo sexto..., contiene todo lo necesario para realizar esos ritos, y nada incluye que sea en sí mismo supersticioso o anticristiano».

Los anglicanos se separan por tanto substancialmente en este punto del resto de las iglesias protestantes. Para Lutero y Zwinglio, la Iglesia apenas es otra cosa que la ciudad terrena *trasladada* al Evangelio y en espera del reino de Dios. Es *un pueblo*, no una institución. Se considera en ella únicamente la realidad final de la salvación operada en *cada fiel* por un acto soberano de Dios; pero no el conjunto de medios salvíficos que dan origen a la institución eclesial, madre de los fieles. Se hace así una promoción de los laicos a costa del elemento jerárquico, que resulta ignorado o al menos preterido.

El Presbiterianismo Calvinista concedió a los laicos una amplia medida de control en la administración de los asuntos espirituales de las comunidades, en la supervisión de la moralidad pública, la educación y la actividad *asistencial*. Les dio sobre todo igualdad con los ministros en el derecho a hablar y votar en los asuntos doctrinales debatidos en *presbiterios*, sínodos y asambleas generales. Los Baptistas colocan en manos laicas incluso la administración de los Sacramentos habitualmente reservados a los clérigos.

La mayoría de estos grupos reconocen que la doctrina del sacerdocio general de los fieles no elimina la diferenciación de un grupo de fieles que se dedican de modo especial a oficios ministeriales, pero afirman sin embargo que la diferenciación es meramente funcional.

---

4. Los «Articles of Religion» fueron promulgados en 1571.

No fue éste el caso de Newman y los Tractarianos. Apoyados en una interpretación *católica* de los *Articles of Religion*, sostuvieron en todo momento una idea de la Iglesia como sociedad desigual, formada por dos grupos de cristianos —clérigos y laicos—, diferenciados nítidamente en base al hecho de haber recibido o no el orden ministerial. La distinción entre ambos no es por lo tanto funcional sino esencial y constitutiva.

Es precisamente un laico Tractariano —John W. Bowden— el que puntualiza esta doctrina en el Tracto n° 5 (oct. 1833). «Un laico es un cristiano que no ha recibido la ordenación de clérigo»<sup>5</sup>. Newman habla en otro lugar de «los gobernantes y los súbditos de la Iglesia», y de que la «Iglesia es visible porque se compone de clérigos y laicos»<sup>6</sup>.

W. Palmer y Newman explican con más detalle en otro Tracto de 1833 que «el clero tiene una misión, recibida por Dios Todopoderoso a través de la sucesión derivada de los Apóstoles, para anunciar el Evangelio, administrar los Sacramentos, y gobernar la Iglesia. En consecuencia, el pueblo cristiano está obligado a escuchar a los ministros sagrados con atención, recibir de ellos el Sacramento (de la Eucaristía), y prestarles la debida obediencia»<sup>7</sup>.

Presupuesto de estas observaciones es una concepción de la Iglesia como cuerpo de hombres, «vinculado por las mismas leyes, que actúa al unísono, que habla el mismo discurso, asiste a un mismo culto, obedece a los mismos Pastores y maestros, y recibe de sus manos los Sacramentos que Cristo instituyó»<sup>8</sup>. Hay en concreto una idea tradicional del *Bautismo*, como explica Newman en carta a un amigo: «Cuando el Bautismo—dice— se considera como admisión en la Iglesia, entonces el cristiano es visto como parte de un *cuerpo*. Pero si es la admisión a un Pacto, se hace compatible con la independencia del alma respecto a cualquier elemento de aquí aba-

5. «A Short Address to his brethren on the Nature and Constitution of the Church of Christ, and of the Branch of it established in England», by a Layman, page 2.

6. *Plain and Parochial Sermons III*, 220, 222 (oct. 25, 1835).

7. Tract XV, 1.

8. Cfr. Tract. XXIX, 5.

jo, como son los ritos, los ministros, el cuerpo eclesial, la doctrina, etc, y se llega así al sistema independiente, calvinista, de libre examen y libertad de conciencia, que ahora está de moda»<sup>9</sup>.

Bowden se preocupa de puntualizar en el citado Tracto 5 que como *'simple members of Christ's Church'*, los laicos no poseen el poder de bautizar ni de administrar el Sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor<sup>10</sup>. A diferencia de la tradición y disciplina Romanas, que en caso de necesidad permiten el bautizo por un laico católico e incluso por una persona no católica, el *Prayer Book* anglicano no contemplaba esta posibilidad. También el bautismo celebrado en las casas, que sólo se autorizaba en casos extraordinarios, debía ser administrado por «el párroco o, en su ausencia, por cualquier otro ministro legítimo que pudiera encontrarse».

Newman pensaba que el asunto del Bautismo administrado por laicos era una cuestión delicada: «respecto al Bautismo por laicos o ministros separados del Anglicanismo, pienso que es una cuestión difícil»<sup>11</sup>; pero que «el Bautismo por laicos ha sido siempre admitido por la Iglesia, con algunas restricciones»<sup>12</sup>; «en el caso del Bautismo administrado por laicos, se ha considerado necesaria la aprobación implícita del Obispo»<sup>13</sup>. En busca de un fundamento, considera que «dado que los cristianos son sacerdotes en un cierto sentido, este especial don se les concede a todos para difundir la fe cristiana»<sup>14</sup>.

Es evidente de todos modos que la mente de los Tractarianos y del mismo Newman es muy restrictiva respecto a la posibilidad de encomendar funciones sacras a los laicos. Estas funciones exigen una especial consagración, que legitima a los ministros para el ejercicio de sus derechos y responsabilidades en la Iglesia. «Al ocurrir vacantes entre los Obispos..., los miembros vivientes del sagrado colegio consagraron nuevos individuos para que participasen en sus

---

9. *Letters and Diaries*, VI, 274: To Th. Henderson, aug. 2, 1838.

10. P. 2.

11. LD VI, 127: To Mrs. John Mozley, sept. 11, 1837.

12. LD VI, 26.

13. LD VI, 200.

14. LD VI, 26.

funciones. Estos candidatos les eran presentados por los laicos para su aprobación, o ellos mismos elegían personas capaces y adecuadas para ese ministerio»<sup>15</sup>.

Puede corresponder por lo tanto a los laicos en algunos casos presentar los candidatos que han de recibir el ministerio ordinario, pero se les asigna y recuerda sobre todo el deber de respetar y obedecer a sus presbíteros. El Tracto 5, compuesto por el laico John Bowden, termina con las siguientes consideraciones: «Los deberes que impone el conocimiento de estas cosas son un amor filial y una veneración afectuosa hacia la Iglesia en su conjunto, y hacia sus Pastores y maestros, un celo por inculcar su pura doctrina, y extender su grey, y una determinación firme de apoyarla en circunstancias favorables o adversas»<sup>16</sup>.

Cualquier tarea de importancia desempeñada por los laicos en los asuntos de la Iglesia será un abuso y una usurpación. Refiriéndose a la Ecclesiastical Commission nombrada por el gobierno en 1834 para proponer reformas en la Iglesia anglicana, escribe Newman a Hugh Rose: «so infamous a commission in which the laity exceed the clergy»<sup>17</sup>.

El énfasis tractariano en la doctrina de la Sucesión Apostólica y la consiguiente ordenación consolidó el *status* del clero, al recordar que su autoridad no derivaba de ningún poder secular sino de un mandato y carácter divinos venidos del mismo Jesucristo. Como ministro ordenado para enseñar y dispensar los misterios en la Iglesia y como intermediario entre los laicos y Dios, el presbítero resume ahora la situación de reverencia y poder sagrado que había perdido en gran medida durante los dos siglos precedentes.

Restaurado el sentido de misterio en la religión, se acentuaba también el culto por encima de la instrucción religiosa, y, como consecuencia, el laico se veía prácticamente excluido de la participación litúrgica propugnada por la Reforma del siglo XVI. La Liturgia

---

15. Tract 5, 9.

16. Id.

17. LD VI, 4.

era para Newman y los hombres del Movimiento de Oxford responsabilidad única del clero.

La importancia del presbítero era visible en las nuevas iglesias construidas o restauradas, donde la disposición del presbiterio separaba físicamente al clero de los laicos. La instauración del oficio del lector laico no tendrá lugar en la Iglesia de Inglaterra hasta 1866.

Newman insiste con vigor en que los clérigos deben ejercer sus responsabilidades, derechos y deberes en la Iglesia; de otro modo pueden crear un vacío que otros sin derecho intentarían llenar abusivamente. «El oficio de las autoridades eclesiásticas—escribe en 1840—es dirigir y guiar a su conclusión legítima los grandes impulsos de la mente humana, que a veces se caracterizan por la pasión y el error, y a veces se apoyan en aspectos de la verdad. Si estos guías no actúan, otros lo harán en su lugar. Y este es el caso que tenemos ante nosotros: los cabezas de la Iglesia no entendieron su misión, y Lady Huntingdon se convirtió en un obispo que actuaba en lugar de aquellos»<sup>18</sup>.

Los laicos tienen «necesidad de ir a los Apóstoles, y no a los maestros y oráculos del mundo presente, para conocer su deber como individuos y como miembros de la Iglesia»<sup>19</sup>. Esto exige que los ministros de la Iglesia estén dispuestos a enseñar con autoridad la doctrina cristiana. Newman se permite recordar sus deberes tanto a presbíteros como a laicos y señala la raíz de una causa de serio malestar en el Anglicanismo. «Tu has dado exactamente en el clavo—escribe a un amigo en 1842—. Los laicos preguntan a quién deben creer. Es una situación de lo más lamentable para quienes *desean* vivir de modo tranquilo y responsable. La pregunta es de un sentido común irresistible, y cada vez se hará sentir más y más»<sup>20</sup>.

Los Tractos hablan del deber que en cualquier caso concierne a los laicos de orar por sus pastores. A la vista de I Tes 5, 25, Fil 1, 19 y 2 Cor 1, 11, el tractariano Alfred Menzies comenta que «the-

18. *Selina, Countess of Huntingdon*, ECH 1, 411.

19. Cfr. J. H. NEWMAN, Tract 6, 3.

20. *A Packet of Letters*, edited by J. Sugg, 1983, 55.

se texts show clearly, that it is the christian's duty to pray at all times for the Ministers of the Gospel»<sup>21</sup>.

3. Las historias del Anglicanismo hablan poco de los laicos y de su papel en la Iglesia de Inglaterra. Se espera de ellos que asistan regularmente a los servicios religiosos y reciban el Sacramento de la comunión. De acuerdo con el *Article XXX of Religion* («The cup of the Lord is not to be denied to the lay-people...»), Newman suele criticar a los Romanistas por negar el Cáliz a los laicos.

Hasta el momento no se ha intentado siquiera explorar la vida religiosa de los laicos tractarianos. Es posible que el presente estudio sugiera algunas líneas de investigaciones y cubra algunas de las muchas lagunas existentes.

Sabemos que los laicos de *adscripción evangélica* eran una fuerza importante en el seno de la Iglesia Anglicana durante las décadas de los 20 y 30<sup>22</sup>. Cuando Keble pronunció en julio de 1833 su famoso sermón «*National Apostasy*», considerado generosamente por Newman como el comienzo formal del Oxford Movement, recogía en sus palabras las convicciones de miles de clérigos y de laicos anglicanos. Por eso al final de su intervención dirigía a estos una importante llamada en los siguientes términos: «Una honda responsabilidad descansa particularmente en aquellos laicos cuya profesión les lleva directamente a considerar las fronteras de los derechos y deberes que llenan el espacio de la sociedad civilizada. La maquinaria inmediata del cambio debe pasar siempre a través de sus manos, y tienen además una gran influencia en formar y modificar la opinión pública. La celebración misma de este día puede recordarles, más que otros momentos, la estrecha afinidad que debe existir siempre entre la verdadera justicia y la auténtica religión»<sup>23</sup>.

El mismo espíritu de confianza en la actividad de todos los buenos cristianos —clérigos y laicos— en beneficio de la Iglesia se encuentra ampliamente expresado en los escritos de Newman por este tiempo. «La esperanza de la Iglesia no radica en los lectores de

21. Tract 14, 2.

22. Cfr. Peter TOON, *Evangelical Theology, 1833-1856*, Atlanta, 1979, 2.

23. E. FAIRWEATHER (editor), *The Oxford Movement*, 1969, 45-46.

periódicos. Se halla en los hombres juiciosos y jóvenes, laicos o clérigos. Estos son los hombres con peso, a quienes no afecta la prensa. Y serán capaces, en su esfera y en su lugar, de difundir la verdad en contra de los periódicos»<sup>24</sup>.

La laicista *Edinburgh Review*, hostil a todo lo que el Oxford Movement tenía de auténtica renovación religiosa, reconocía para lamentarla la influencia ejercida por Newman y los tractarianos sobre laicos y clérigos y no descalificaba a los líderes del Movimiento como gente anticuaria o romántica. «Son hombres de nuestro tiempo..., que ejercen una influencia cuyo centro debe tal vez situarse en nuestras universidades, pero cuya circunferencia es suficientemente amplia como para llegar a los más remotos rincones del país»<sup>25</sup>.

El impulso básico del Movimiento era desde luego para Newman un impulso realizado por clérigos como él. El *British Critic*, publicación controlada por Newman desde 1838, no ocultaba su convicción de que la Iglesia dirigida por el clero, «cuyos miembros han sido los grandes agentes, bajo Dios, de cambios beneficiosos»<sup>26</sup>, era capaz de defenderse a sí misma.

Pero los laicos tenían una indispensable misión que cumplir, que desarrollaba su vocación cristiana y era además decisiva para la misma Iglesia. «Puedes servir a Dios como un laico —escribe Newman en 1832 a su fiel amigo Henry Wilberforce—. Ven y asume alguna tarea. Puedes ser útil, teológica y pastoralmente, de mil modos, y asumir todos los cometidos religiosos directos que tu conciencia te permita, pero no me hables de permanecer ocioso»<sup>27</sup>.

Newman se sentía orgulloso de la vibración cristiana de John Bowden, otro gran amigo desde su llegada a Oxford en 1818. A Bowden dedicó en febrero de 1835 el volumen II de los *Plain and Parochial Sermons* con las siguientes palabras: «A John William Bowden, Esq., en la alegre convicción de que la Iglesia de Inglaterra, entre muchas defecciones, ejerce todavía su influencia sobre un laica-

24. *A Packet of Letters*, 44.

25. Vol. LXIII, 1836, 44.

26. Vol. XXI, 1837, 509.

27. LD III, 106.

do fiel y celoso». En 1840 dedicará el vol. V a Joshua Watson, otro activo laico anglicano, que no militaba, sin embargo, en el Movimiento de Oxford<sup>28</sup>.

Newman confiaba en la influencia laical para extender en la misma iglesia, y desde luego en la sociedad, los beneficios de la buena religión. «Un laico situado en una clase alta de la sociedad, mantiene tal vez cierta influencia en asuntos parroquiales, en la aplicación de limosnas, nombramientos de colaboradores, etc. —dice en un Sermón de 1835—; también éste cristiano debe actuar en servicio de la Verdad, y como en presencia de Dios, tal como Cristo lo desearía»<sup>29</sup>. Y se alegraba por la presencia de laicos verdaderamente creyentes en los comités designados por las autoridades civiles para tratar de asuntos eclesiásticos: «on the committee of 12 laymen for the Curate's Fund are placed the names of Gladstone, Acland, Bowden, and Wood-this is good»<sup>30</sup>.

Creía en la eficacia de los laicos como grupo legítimo de opinión pública e incluso de presión justa a favor de la Iglesia y sus intereses espirituales: «you had better let friends know, to be in readiness. The movement (a petition) should proceed from the country not from us»<sup>31</sup>. Pensaba en fin que algún día los laicos habrían de mantener al clero, en vez del estado, con el fin de asegurar la libertad de la Iglesia: «Estoy seguro de que cada clérigo debe ser mantenido por su propia gente; pero la Iglesia antigua actuaba en base voluntaria, en cuanto que el laicado *como un cuerpo* mantenía al clero como un cuerpo»<sup>32</sup>.

A pesar de todo, Newman nunca pensó que los laicos anglicanos fueran capaces de llevar a cabo de hecho la necesaria reforma pastoral de la Iglesia en el país, y en un importante escrito de 1836, que recoge también ideas de Hurrell Froude, se expresó con gran claridad, a la vez que sugería medidas sorprendentes para cualquier

---

28. Sobre Watson y el Oxford Movement puede consultarse el trabajo de Charles SMITH, *J. Watson: 1771-1855*, Theology 58 (1955) 167-73.

29. PPS III, 212.

30. LD VI, 194.

31. LD VI, 37.

32. LD VI, 256.

inglés no católico. Escribe Newman: «Nuevas iglesias y la cooperación de los laicos harán algo. Pero confieso que hace falta algún instrumento diferente para la actual emergencia: grandes ciudades nunca serán evangelizadas por el simple sistema parroquial. Pienso que instituciones religiosas (sic!)... han de ser los medios legítimos para trabajar sobre el pueblo»<sup>33</sup>.

4. La importancia claramente advertida y defendida del elemento jerárquico en la constitución y acción de la Iglesia no impide a Newman establecer las bases de lo que podríamos llamar una incipiente teología del laicado cristiano. Numerosos documentos eclesíásticos de los siglos 17 y 18 presentan con frecuencia al *clero* como toda la Iglesia anglicana y dan a entender sin pretenderlo que la Iglesia se identifica sin más con el estamento clerical<sup>34</sup>.

Newman procura por el contrario llevar a la conciencia de los laicos que, a pesar de la diferenciación en la que insiste, ellos son parte viva y activa de la Iglesia. Explica en 1835 que al hablar de la Iglesia se toma a veces la parte por el todo, pero que la terminología no debe confundir la doctrina correcta: «De igual manera, en lenguaje político, hablamos del clero como equivalente a la Iglesia. Tenemos aquí un ejemplo paralelo, en el que una parte del cuerpo es considerada como el todo. Pero nadie diría que el laicado es una Iglesia por sí misma, y que el clero es otra»<sup>35</sup>.

En otro sermón enseña que el don del Espíritu Santo «es impartido también a cada miembro individual de la Iglesia»<sup>36</sup> y que este hecho se encuentra lleno de consecuencias para la vida cristiana. En primer lugar, son doctrinas que «reducirían mucho el irracionalismo religioso que prevalece en todos los lugares, a la vez que tienden a disipar las frías y usuales ideas de religión que son el extremo opuesto»<sup>37</sup>.

Sobre todo, los cristianos deben ser conscientes —como ya se decía en los Tractos— de que el don del Espíritu les hace miembros

33. *How to accomplish it*, DA, 42.

34. Cfr. F. M. POWICKE, *The Reformation in England*, Oxford, 1941, 44-46.

35. PPS III, 223-224.

36. ID. 266.

37. PPS III, 267.

de un pueblo elegido. «Christians severally are, what the Jews collectively were, partakers of an special covenant»<sup>38</sup>. Si la vocación del pueblo elegido supone grandes privilegios y gracias, supone al mismo tiempo graves responsabilidades. Las recuerda Keble al hablar de «la posición y especial peligro de un pueblo elegido, reflejados tan claramente en el caso de los judíos en el desierto»<sup>39</sup> y las comenta también el Tracto 16, de B. Harrison, del modo siguiente: «Cuando nos inclinamos a detenernos en brillantes anticipaciones de futura gloria para la Iglesia, volvamos más bien nuestros pensamientos hacia nuestros individuales privilegios y nuestra personal responsabilidad, recordando que el Reino de Dios está *dentro* de nosotros, y que al que mucho se le ha dado, mucho se le pedirá»<sup>40</sup>.

Hasta qué punto el bienestar y la incolumidad doctrinal de la Iglesia son asunto de cada bautizado lo señala Newman a su hermana Jemima con motivo de unas declaraciones desafortunadas del obispo de Norwich acerca del valor absoluto del Credo. «Mantengo con la mayor decisión —escribe en septiembre de 1837—, que allí donde la Verdad católica es negada (como sucede cuando se niega la gracia bautismal), cualquier cristiano, sea laico, mujer o niño, tiene derecho a alzar el emblema de la fe contra obispos, arciprestes, y clérigos. Es mero asunto de prudencia práctica la medida en que deben hacerlo..., pero poseen el derecho, y están obligados, con estos límites de discreción, a ejercerlo»<sup>41</sup>.

En carta a Mary Giberne, dos meses después, es todavía más explícito y severo. Dice así: «El obispo de Norwich va con rapidez hacia una negación del Credo, lo cual es herejía; y cuando un obispo deviene hereje, hombres, mujeres, o niños, tienen licencia para resistirle. La fe es anterior y más querida para nosotros que la estructura visible construida sobre ella»<sup>42</sup>.

Newman no hace aquí otra cosa que aplicar a un *caso práctico* las consideraciones contenidas en un sermón del año 1834<sup>43</sup>. En

38. J. KEBLE, Tract. 13, 2.

39. Id. 8.

40. Comment upon Church Services, 5.

41. LD VI, 127.

42. Id. 174.

43. «The Gospel, a Trust committed to us», PPS II, 255-273.

base al texto de 1 Tim VI, 20: «O Timothy, keep that which is committed to thy trust...», explica que aunque «estas palabras se dirigían en primer lugar a los ministros del Evangelio, contienen sin embargo un serio mandato para todos los cristianos. Porque todos nosotros, con una posición alta o baja, somos responsables, en nuestra medida, de la salvaguarda de la fe. Tenemos todos un interés igual en hacerlo, no unos menos que otros, aunque un grupo de cristianos haya sido instituido especialmente con la obligación de protegerla»<sup>44</sup>.

Argumenta a continuación que si la fe de Cristo fuera un asunto de deducción, se entendería que los ministros del Evangelio fueran sus únicos expositores y guardianes. «Pero la fe evangélica es un depósito concreto, un tesoro común a todos, uno y el mismo en todo tiempo, concebido en palabras fijadas, y con una naturaleza que permite recibirlo, preservarlo, y transmitirlo. Podemos entonces con seguridad dejar su custodia en manos de los cristianos»<sup>45</sup>. No se trata de una imprudencia sino de «permitir que los hombres cristianos ‘combatan seriamente por la Fe entregada un día a los santos’: es la Fe que, uno a uno, se les puso en las manos en su Bautismo, con una fórmula de palabras llamada Credo»

Concluye que «esta Fe es aquella por la que incluso el más humilde miembro de la Iglesia puede y debe combatir; y en proporción a su educación se ampliará el círculo de su conocimiento»<sup>46</sup>.

No es una casualidad que poco tiempo antes de predicar este Sermón, Newman haya publicado en 1833 su importante libro ‘The Arians of the fourth century’, donde expone los resultados de su investigación histórica sobre el comportamiento y papel de los laicos en el tiempo de las controversias arrianas. Había quedado profundamente grabado en la mente de Newman el hecho de que los laicos conservaron la fe ortodoxa en muchos lugares de la Iglesia donde los obispos sucumbieron al Arrianismo.

---

44. Id., 255.

45. Id. 256.

46. Id.

El vigor con el que expone los deberes de los laicos en la defensa de la doctrina parece modificar los acentos de sermones anteriores en los que había acentuado más bien las obligaciones de piedad propias de un fiel creyente. «Desempeñar el papel de testigo de la Verdad, advertir y reprender, no son deberes básicos de un cristiano. Nuestras primeras obligaciones son arrepentirnos y creer... Es difícil decir *cuando* un cristiano puede reprender abiertamente a otros. Me refiero a los laicos; porque es deber de un clérigo reprender por razón de su oficio»<sup>47</sup>.

Hay ciertamente desplazamiento de acentos, pero también continuidad de ideas. El primer deber de un cristiano estriba en creer, orar y practicar la humildad. Sólo desde esas bases podrá defender abiertamente la Fe recibida sin caer en el amor propio y en el espíritu mundano de confrontación. Numerosos sermones de este tiempo contienen una queja por lo poco que los cristianos entienden y practican el imperativo evangélico de la oración —la parte de María, hermana de Lázaro—, así como la exhortación a perseguir ese ideal<sup>48</sup>.

Este importante conjunto de fragmentos doctrinales que se hallan diseminados en multitud de cartas, sermones, artículos, etc. compuestos antes de 1845, es signo de la formación gradual de una doctrina teológica sobre el laicado, que recibe una interesante formulación en el Sermón de diciembre 1840 sobre «*The Three Offices of Christ*»<sup>49</sup>. Este sermón es el lugar donde Newman ofrece una exposición breve pero densa sobre el 'sacerdocio de los fieles' y debemos mencionarlo brevemente.

El sermón debe ser leído junto con otro de 1842 que le sirve de complemento, que lleva por título «*The Christian Church an Imperial Power*» y trata del sacerdocio ministerial<sup>50</sup>. En el sermón de 1840, Newman desarrolla la idea ya aparecida anteriormente de que «all christians are in one sense priests»<sup>51</sup>. Los cristianos todos refle-

47. PPS I, 160-161.

48. Cfr. PPS III, 318 s.

49. SSD 52-62.

50. SSD 218-236.

51. LD VI, 26.

jan los ministerios de Cristo y en base a Rev. 1, 6 y 1 Juan II, 20 puede afirmarse que «no solo los pocos y los importantes, sino todos los hijos de la Iglesia, de alta o baja posición... son como la sombra de Jesús. Todos estamos obligados, según nuestras oportunidades, primero, a aprender la verdad; y luego a transmitir nuestro saber. Tenemos, además, que dar testimonio de la verdad, y si es así, hay que estar dispuesto a sufrir por ella»<sup>52</sup>.

Parece deducirse de lo expuesto que Newman ha concebido ya en sus años anglicanos una alta noción de los laicos y de su tarea tanto en el seno de la Iglesia como en la sociedad. Hay muchas ideas implícitas que sólo serán formuladas con el paso del tiempo. Pero se aprecia suficientemente un amplio panorama de responsabilidad cristiana para los laicos, que es consecuencia de su vocación y vida en el mundo. Un texto de 1840 constituye un pequeño sumario de un pensamiento que ha alcanzado madurez. Dice así: «Sería un gran error suponer que hemos de abandonar nuestra vocación temporal y dejar el mundo, para servir a Dios adecuadamente. El Cristianismo es una religión para el mundo, para la gente ocupada e influyente, para los ricos y los poderosos, y también para los pobres»<sup>53</sup>.

5. El ideal que Newman se ha formado para los laicos como despliegue de la vocación cristiana contrasta con la imagen que en muchas ocasiones capta su experiencia. No debe negarse que considera a la mayoría de los laicos anglicanos que le rodean como personas espiritualmente empobrecidas, alejadas de sus ministros, indiferentes con frecuencia a la *rectitud de la fe*, y desde luego ineficaces para hacer presente la Iglesia en la sociedad. «Cuando los escritores Tractarianos dudaban si sus principios apostólicos, como los llamaban, se difundirían en el laicado de Inglaterra, estaban dudando si el laicado vivía, respiraba, y se apoyaba en principios apostólicos, y si estos principios eran expresión justa y elemento constitutivo del sentimiento nacional»<sup>54</sup>.

Newman y los Tractarianos no fueron desde luego los primeros en percibir la ignorancia y los prejuicios religiosos de sus com-

52. SSD, 62.

53. *The Church of the Fathers*, HS II, 94.

54. Diff. Angl. I, 44.

patriotas. La agudeza de Samuel Johnson lo había visto y expresado varias décadas antes: «nuestra religión está en un libro; tenemos un estamento de hombres cuyo deber es enseñarla, y reservamos un día de la semana para ello... Preguntad, sin embargo, a los primeros diez hombres corrientes que encontréis, y veréis lo poco que pueden decir de su religión»<sup>55</sup>.

Un pueblo ignorante aparece junto a unas clases cultas que comenzaban a padecer los ataques del racionalismo y la herejía. En *Loss and Gain*, Newman hace decir a Beatson, profesor de Teología: «the majority of the educated laity of our church are Sabellians»<sup>56</sup>.

Ante semejante situación, los Tractarianos no ahorraron esfuerzos de educación y catequesis religiosas. Puede decirse sin exageración que el Movimiento de Oxford fue el esfuerzo más brillante realizado en la Iglesia de Inglaterra para educar a la gente culta en su religión.

Lo demuestran sobre todo los *Tracts for the Times* comenzados en 1833. Los Tracts se agrupaban en cuatro principales categorías: a) los dirigidos al clero (ad clerum); b) los dirigidos a escritores teológicos de cierto nivel (ad scholas); c) los que recogían textos de los *Caroline divines*, y finalmente d) los dirigidos expresamente a los laicos (ad populum). Cerca de 40 tractos, de un total de noventa, forman parte de esta última categoría. Son escritos que abordan temas de doctrina y también de liturgia y disciplina. Lo hacen con ánimo divulgador pero el tono es siempre relativamente elevado. Es evidente que los destinatarios eran personas con cierta cultura.

Estos tractos se ocupan de la Sucesión Apostólica (n. 4), la naturaleza de la Iglesia (n. 58) y el deber de pertenecer a ella (n. 29), el ministerio pastoral y su origen divino (n. 17), el fundamento escriturístico de estas doctrinas (n. 24), el sentido de la Liturgia (nn. 13, 16, 56), la vida ascética y la mortificación (nn. 6 y 21), etc.

Tan intensa difusión de una doctrina densa y a veces sutil aunque se hiciera en un lenguaje claro, indica confianza y optimismo

55. Boswell's Life of S. Johnson, Oxford, 1904, 1960, 751.

56. P. 188.

por parte de Newman y sus amigos respecto a la misión animadora y educativa que se habían propuesto. No es extraño que percibieran a veces las dificultades de su gran empresa. Así lo manifiesta Newman indirectamente en una carta de 1838 a Keble, donde dice: «Como es natural, escribo para quienes veo, es decir, para la generación, laical o clerical, que entra en la vida activa, especialmente en Oxford. Estoy seguro de que les soy útil, aunque haya cosas que parezcan imprudentes para los clérigos. No pienso que vaya con ellos demasiado deprisa»<sup>57</sup>.

6. La educación de los laicos, que nunca fue una simple propaganda religiosa, estaba unida en Newman al proyecto de «hacer la Iglesia más popular». Este fue uno de los objetivos del Movimiento de Oxford. Pensaban los Tractarianos que la Iglesia Anglicana en 1833 was «too much a church for the aristocracy»<sup>58</sup> y que, dado que la aristocracia y la clase política abandonaban a la Iglesia por motivos de conveniencia, se hacía necesario que la renovación fuera directamente «al pueblo»<sup>59</sup>, para encontrar ayuda y confirmación de sus doctrinas.

Eran ideas que procedían al parecer de Hurrell Froude y que éste legó a Newman como parte de su *testamento* de sugerencias y proyectos. Piensan algunos que Froude reflejaba en esta cuestión una cierta influencia del populismo eclesial defendido en Francia por Lamennais, pero el alcance y sentido de esta influencia no ha sido precisado satisfactoriamente.

En cualquier caso, el objetivo de acercar la Iglesia al pueblo y viceversa es un motivo frecuente en las cartas y escritos de Newman, si bien no es posible extraer de sus fragmentarias observaciones una doctrina coherente y enteriza.

Una carta de Newman al poeta y crítico literario Matthew Arnold, escrita en 1871, nos informa que «era una de las principales ideas de Hurrell Froude que la Iglesia debía cambiar su posición en

57. LD VI, 350.

58. LD V, 275.

59. British Magazine, October 1833, 422.

el mundo político; y cuando oyó hablar de Lamennais, adoptó sus puntos de vista con gran entusiasmo»<sup>60</sup>.

Newman había hecho suya esta idea, cuya exposición en sus escritos iba acompañada siempre de cierto matiz polémico y de bastante imprecisión. Más que la expresión de una determinada visión eclesiológica, parecía a veces un simple recurso con el que castigar a las clases altas que habían dejado la Iglesia y a los políticos que se atrevían a reformarla desde fuera. «Los que viven de la protección estatal, y piensan que los clérigos han de ser caballeros, y que la Iglesia debe apoyarse en los poderes en vez del pueblo, nos critican y hablan de las manos profanas que quieren despojarles de sus privilegios y posesiones. Pero no pueden hacernos daño alguno»<sup>61</sup>.

Los mismos pensamientos aparecen algunos años más tarde con mayor intención sistemática en *The Church of the Fathers* (1840). Aunque el lenguaje es más preciso, los textos más importantes mezclan una incipiente eclesiológica de *Populo Dei* con consideraciones conyunturales sobre el estado crítico de la Iglesia Anglicana. He aquí un párrafo típico: «Hasta ahora la Iglesia de Inglaterra ha dependido del estado, es decir, de los poderes dominantes en el país —el rey y la aristocracia—. Es ésta una manera tan natural y religiosa de ver las cosas en abstracto, y ha producido de hecho en la Iglesia frutos tan excelentes de paz, sobriedad, decencia externa y defensa de excesos doctrinales, que debemos mirar este período de la historia eclesiástica con pensamientos de afecto. Pero estas memorias del pasado no deben obturar nuestras mentes ni impedirnos ver las cosas tal como son y como pronto van a ser, e inquirir lo que la Providencia quiere establecer en lugar del honorable instrumento real y aristocrático que ha destruido. Sé que ofenderé a muchos cuando digo que hemos de mirar hacia el pueblo»<sup>62</sup>.

La dependencia histórica de estos textos no permite extraer conclusiones seguras para diseñar una visión de Newman sobre el

---

60. LD XXV, 442.

61. LD IV, 227.

62. *Historical Sketches* I, 340.

sentido del laicado en la Iglesia. Cabe albergar la sospecha de que esta línea de penetración en el misterio de la Iglesia visible ha sido prácticamente abandonada por el autor al dejar el Anglicanismo.

José Morales  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA